



## EL CONDE DE LEMOS

PROTECTOR DE CERVANTES

ESTUDIO HISTÓRICO

### PARTE PRIMERA

(1576-1609)

I



**G**RANDE y extraordinaria animación se notaba en el Palacio Real de Madrid, morada á la sazón del Rey D. Felipe III, en una mañana fría y lluviosa de los primeros días del mes de Diciembre de 1599. Los cortesanos entraban y salían presurosos, deteniéndose á veces en la antecámara de las regias habitaciones, donde todos hablaban y cuchicheaban de los acontecimientos del día.

Magnates, guardias y cata-riberas discurrían por el salón en amigable consorcio, y uno de éstos con aire de satisfacción decía:



—Mayor y más lucida Corte tenemos hoy en la otra antesala del Marqués, que usarcedes en ésta.

—No es cosa extraña, replicó uno de los ujieres; van á felicitar al Marqués, porque S. M., Dios le guarde (y al decir esto hizo una profunda reverencia, y con él los demás concurrentes), le ha favorecido en el nombramiento de Duque de Lerma.

—Y nunca he visto al Marqués tan franco, tan comunicable como desde que le hacen Duque. Me dió al verme un golpecito en el hombro, y me ofreció que muy luego saldría proveído.

—Llueven las venturas en casa del ministro. Hace muy pocos días desposó á su hija, la hermosa doña Catalina, con el Marqués de Sarriá, su primo-hermano, y presto habremos de tocar las consecuencias de tal enlace.

—Y monta, que S. M. la Reina (nuevas inclinaciones de cabeza) ha hecho merced á la nueva Duquesa de la carroza con las pías que le dió el Duque de Mantua á S. M. pasando por Italia, la cual es muy rica pieza.

—Ayer, sin ir más lejos, salió en ella la Duquesa con otras señoras.

—Todo se lo merecen, y Dios se lo aumente, dijo el cata-ribera. Yo me voy de aquí á cumplimentar al Marqués y á la hija del nuevo Duque.

—Y yo al igual, dijo otro de los pretendientes. Voy á visitar al de Sarriá con carta de mi deudo D. Juan de Arguijo, que tantos obsequios hizo en Se-

villa á su suegra la Marquesa de Denia en el mes de Octubre pasado.

—Si carta lleváis de Arguijo, gran cosa lleváis, que el Marqués nunca deja á un lado las recomendaciones de sus amados poetas.

## II

Poco más de un mes había transcurrido.

Era á mediados de Enero del año 1600, y había grandes novedades en Palacio, que traían preocupados á los cortesanos del Duque de Lerma y del Rey Felipe III. La camarera mayor, Duquesa de Gandía, había salido para Alcalá, privada de su cargo; y se llevó el rigor hasta el punto de preceptuar que ningún caballero la acompañase. De esto y de otras mutaciones se hablaba acaloradamente en los numerosos grupos que ocupaban la antecámara del Rey.

—¡Lástima grande, decía un oficial de la guardia, que nos quiten el Marqués de Camarasa!

—Es un valiente capitán y un cumplido caballero, decía otro de los interlocutores.

—Pero no lo es menos el que S. M. (y al decirlo se inclinó con reverencia el anciano obeso que hablaba, y lo mismo hicieron todos los del corrillo) tiene señalado para sucederle.

—Pues qué ¿lo sabe ya nuestro querido músico?, preguntó el oficial.

—Si me ofrecéis callar y guardar para vosotros el



secreto, os lo confiaré, tal como me lo ha dicho un amigo.

—Hablad, hablad, señor Espinel, y lo tendremos reservado.

—Pues, como sabéis, mi discípulo, que así le llamo y él me dice maestro, Lope Félix, me consulta sus versos.

—Y hace perfectamente, porque oído músico más delicado...

—Ni genio más descontentadizo, dijo entre dientes el oficial...

—Pues Lope, que hace años sirve de secretario al joven Marqués de Sarriá, yerno y sobrino del Duque de Lerma, me dijo que su señor es el designado para mandar la guardia de la Real Persona.

—¡Brava elección sería!

—¡Y tan buena!

—Mozo es, pero *florido en años y en prudencia cano*, según dice en su alabanza mi buen cordobés Don Luis de Góngora. Lo que yo dudo es que el Marqués acepte semejante encargo.

—Yo también tengo para mí que el Duque ha de reservarle para mayores empleos, añadió el oficial.

—¿Y es cierto que el Marqués hace tanta estima de Lope Félix de Vega?

—No solamente le confía todos sus secretos, y lleva todas sus cartas, sino que el año último, antes de la expedición de la Corte á Valencia para recibir á nuestra Soberana, llevó el Marqués su condescendencia y las muestras de su afecto hasta el punto de

encomiar con dos preciadas redondillas el poema castellano de San Isidro.

—Hogaría de leerlas.

—Pues escuchadlas, que es igual; téngolas de memoria, como otras muchas.

«Tan alto alzastes el vuelo  
Cantando á *Isidro*, que vos  
Hacéis que el santo de Dios  
Hoy suba otra vez al Cielo:  
Y por haberle subido  
Queda, historiador sagrado,  
*Isidro* más estimado,  
Y vos á Dios parecido.»

—Poco se me alcanza de poesía; mas, con todo eso, no me parecen mal las redondillas.

—Yo vos las marco por buenas, dijo Espinel retirándose de los guardias, y podéis decir que al leerlas educáis el oído en el buen concepto de las antiguas coplas castellanas.

### III

Razón tenían de dudar los guardias del Rey Don Felipe.

A pesar de todas las variaciones que se hicieron en el personal de la servidumbre palaciega, no entró el Marqués de Sarriá en ninguno de los puestos vacantes, aunque todos fueron ocupados por personas afec-



tas al Duque de Lerma. Y es que, en efecto, el favorito de Felipe III reservaba á su yerno para más altos empleos.

En el año de 1601, falleció D. Fernando Ruiz de Castro, sexto Conde de Lemos, sucediéndole en el título y estado su primogénito el Marqués de Sarriá, el protector de Lope de Vega, el amigo de Vicente Espinel.

Al pronto se habló del nuevo Conde para el virreinato de Nápoles; mas, dejándolo en suspenso, se le confirió la Presidencia del Consejo de Indias, cuando apenas contaba veinticinco años.

Personaje de tan altas prendas, que en tan temprana edad era propuesto como digno de los más elevados cargos, y que andando el tiempo fué uno de los pocos que tendieron al gran *Miguel de Cervantes* una mano que le sacaba de la miseria y del abatimiento, haciéndose por estos rasgos de su noble corazón tan simpático á la posteridad, como admirable por sus demás merecimientos, bien tiene el de que nos ocupemos en dar á conocer los sucesos de su vida.

## IV

D. Pedro Fernández de Castro nació en Galicia, probablemente en Monforte, pueblo de los estados de su padre, en el año 1576. Fué hijo del ya nombrado Don Fernando y de D.<sup>a</sup> Catalina de Sandoval, hermana del Marqués de Denia, que luego fué Duque de Lerma.

Dice Vicente Espinel (1) que «desde niño tierno »descubrió tanta excelencia de ingenio y valor, »acompañado de ingenuas virtudes, que, habiéndolo »puesto su Rey en los más preeminentes oficios y »cargos que provee la Monarquía de España, ha »sacado milagroso fruto á su reputación, siendo muy »grato á su Rey, muy amado de las gentes subordinadas á su gobierno, y muy loado de las naciones »extranjeras.»

La educación que recibió fué proporcionada á sus talentos y á las esperanzas que en él fundaba su noble casa. Cultivadas por buenos estudios sus felices disposiciones, fué dando muestras de clarísima inteligencia y vivo ingenio, al par que de natural noble y generoso.

Como primogénito de la casa de Lemos, usó en sus primeros años el título de Marqués de Sarriá.

Ya por esta época debía de ocuparse D. Pedro en ejercicios poéticos, pues á ellos debe referirse lo que Lope decía en la *Epístola* dirigida al Conde, que insertó en *La Filomena* (Madrid, en casa de la viuda de Alonso Martín, 1621), aunque escrita á lo menos en el de 1608.

«Estilo superior, divina mano,  
Pluma sutil de peregrino corte,  
Arte divino, contrapunto en llano.

(1) *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregon* — Madrid: Juan de la Cuesta, 1618.—Relación 1.<sup>a</sup>—Descanso 23.



Soys del mar de escribir lucido Norte,  
 Pero direys que son lisonjas éstas,  
 Como me dan los ayres de la corte.  
 Aunque si son verdades manifiestas,  
 Díganlo las epístolas divinas  
 Que os escuché con tal primor compuestas.»

Por desgracia no se conservan, ó á lo menos nunca las hemos visto, esas epístolas tan celebradas, ni otros rasgos poéticos de esta época, fuera de las dos redondillas con que en 1599 concurrió al encomio del *Isidro*, y ya dejamos recogidas.

## V

En la primavera de aquel mismo año, por el mes de Abril, se había trasladado la Corte á Valencia para recibir á Doña Margarita de Austria.

Con los demás cortesanos fué el Marqués de Sarría, acompañado de su secretario, que escribió poética relación del viaje, y formó parte de los treinta y seis nobles que acompañaron al Marqués de Denia á Vinaroz á dar el primer saludo á la Reina. Iban todos vestidos de encarnado y blanco, con pasamanos de oro, y sendos criados con los mismos colores y pasamanos de seda. Venía D.<sup>a</sup> Margarita á casarse con Felipe III, y el Rey quiso verla antes de ser conocido; salió secretamente de Valencia con el mismo traje que llevaban los caballeros, y se confundió entre ellos: vió á la Reina, y quedó muy contento de la

hermosura, buena gracia y discreción de Su Majestad, según dice Luis Cabrera de Córdoba (1).

Al volver la Corte á Madrid ocurrieron en el Palacio las novedades que reseñamos al empezar, y se trató de conferir el mando de la Guardia Real al Marqués según dice el mismo cronista.

## VI

Sobrino y yerno del gran favorito del Monarca, de aquel omnipotente señor que debió al afecto de Felipe III la conservación de un puesto á que no le destinaron dotes especiales de talento, ilustración ni carácter, menos el afecto de la nación, estaba llamado el Conde de Lemos á representar gran papel en la corte española.

Las simpatías de que gozaba eran generales; su mérito y sus talentos reconocidos por todos; natural era que el Duque de Lerma tratara de utilizar para su propia popularidad las altas prendas de su yerno.

Tratóse de conferirle, como único destino correspondiente á sus méritos, uno de los virreynatos, y se pensó en el de Nueva-España; mas debió de rehusar el de Lemos el abandonar su patria, ó no contentó al de Lerma separarse de su hija;... es lo cierto que fué nombrado para el cargo D. Luis de Velasco, Marqués

(1) *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 á 1614.*



de Salinas; y que, aun cuando en aquellos días se habló en la corte de que al Conde de Lemos se le concedería el virreinato de Nápoles, como todavía no había concluído el Gobierno del Conde de Benavente, tales rumores, si algún fundamento tuvieron, no pasaron por entonces de meras hablillas de palacios.

## VII

El Conde con su esposa se marchó á Galicia á mediados del año 1607; se estableció en su pueblo de Monforte, y lejos del movimiento cortesano, se entregó de lleno á sus estudios y aficiones.

Allí, al lado de su esposa, en el retiro del hogar, rodeado de las bellezas naturales, y exaltada su imaginación al contemplarlas, debió de escribir muchas poesías; que como dice el autor de quien luego habremos de ocuparnos, «el sosiego, el lugar apacible, »la amenidad de los campos, el murmurar de las »fuentes, la serenidad de los cielos, son grande parte »para que las musas más estériles se muestren fe- »cundas.»

Pocas composiciones poéticas del Conde de Lemos se han salvado del olvido, y solamente podremos dar cabida á dos que se conservan en la Biblioteca Nacional, una de ellas publicada, inédita la otra. Únicamente con la indicación de su autor, pero sin epígrafe alguno, en el Códice M.-86, al folio 88 encontramos el siguiente

## SONETO DEL CONDE DE LEMOS

Montaña inaccesible, opuesta en vano  
al atrevido paso de la gente,  
ó nieblas humedezcan tu alta frente,  
ó nieve ciña tu cabello cano.

Caastro mayoral, en cuya mano  
en lugar de bastón se ve el tridente,  
con su consorte amada, Sol luciente  
de Rayos negros, Serafín humano;  
Tu cerviz dura pisa, y la pastora  
yugo te pone de cristal calzada  
coturno de oro, arminio en piel vestida;

Huirá la nieve de la nieve agora,  
ó ya de sus dos blancos pies vencida,  
ó ya de sus dos Soles desatada.

Debemos advertir que en las obras de Don Luis de Góngora, recogidas por D. Gonzalo de Hoces y Córdoba, corre como suyo este *soneto*. De mayor importancia y mucho más agradables son las *décimas* que se encuentran al folio 49 del mismo Códice. Dicen así:

## DEL CONDE DE LEMOS

¿Cómo podré prevenirme  
contra el mal de mi desdicha,  
si con el bien de mi dicha  
apenas puedo avenirme?



Dexe ya de combátirme  
el esperar y el temer,  
que no puedo ya tener  
la esperanza que he tenido,  
pues sobre haberla perdido  
no tengo ya qué perder.

Sin ninguna confianza  
vivo ocioso en mi cuidado,  
pero, en un desesperado,  
¿de qué ha de haber esperanza?  
¡Ay de mí! que nadie alcanza  
aqueste despecho esquivo;  
yo sólo soy quien lo escribo,  
yo sólo soy quien lo siento;  
él me tiene sin aliento,  
ni bien muerto, ni bien vivo.

Ninguna cosa procuro,  
porque ninguna deseo;  
todo lo examino y veo,  
y de nada me aseguro.  
Ni me queixo ni me apuro;  
hállome sin resistencia,  
sufriendo hasta mi paciencia;  
y en estado tal estoy,  
que por doquiera que voy  
no soy más que una apariencia.

Pero por no andar conmigo  
obro á veces tan acaso,  
que ni siento lo que paso  
ni consiento lo que digo.

Téngome por enemigo  
después que la causa dí;  
si con causa me perdí  
ora de cuerdo ó de loco,  
dáseme de mí tan poco  
que ni aun sé parte de mí.

## VIII

Tales y tan agradables esparcimientos ocupaban al Conde, cuando al finalizar el mes de Octubre del año 1609 fué enviado á llamar de la Corte con mucha priesa. Entendióse que era para ir en las galeras que habían de regresar á Italia, á servir el cargo de Virrey en Nápoles, para el que estaba proveído.

Y así era en efecto.

## PARTE SEGUNDA

(1610-1616)

## I

—Pasad adelante, señor Miguel, que aunque estamos por todo extremo atareados descolgando las tapicerías de los aposentos y preparando la ropa para enviar á embarcar para Nápoles, todavía el Conde, mi señor, holgará de veros antes de pasarse á posar en Palacio, en el cuarto del Duque, su tío.